

En los 85 años del Fondo

Este año, nuestro país conmemora dos grandes acontecimientos en cuyo origen se encuentra la visión y sensibilidad de una misma persona: Daniel Cosío Villegas, fundador del Fondo de Cultura Económica en 1934, así como primer impulsor de la honrosa acogida que el gobierno de Lázaro Cárdenas brindó a los republicanos españoles, cuya masiva llegada a México está marcada simbólicamente por el arribo del barco *Sinaia* al puerto de Veracruz el 13 de junio de 1939.

Para entender mejor cómo desarrolló esa visión y esa sensibilidad conviene tomar como punto de partida el año de 1924, cuando el joven Cosío Villegas, de 26 años de edad, a punto de empezar a ejercer su flamante licenciatura como abogado, descubre que

pocas, poquísimas cosas tan deslucidas, o tan sórdidas, habrá en la vida como enterarse de la enorme variedad y número de delitos que ocurren en una gran ciudad. Y esto haciendo a un lado que desde el primer momento comienza uno a sospechar que lo que está realmente podrido es la sociedad misma y no tanto el criminal al que alimenta.[†]

La alternativa a ese ejercicio profesional es proseguir la vida académica y estudiar una carrera que despierta su interés desde que Marte R. Gómez, director de la antaño Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo, le señala la necesidad de que México cuente con economistas. Para aprender economía, marcha a Harvard en 1925 y durante cuatro años continuará sus estudios de esa materia en universidades de Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

En 1929, poco antes de volver a México, Antonio Castro Leal, nombrado rector de la Universidad Nacional, lo invita a trabajar con él como secretario general. Ambos permanecerán sólo seis me-

[†] Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976, p. 100 (Confrontaciones).

ses en sus cargos, pero en ese lapso Cosío Villegas consigue crear una Sección de Economía en la entonces Escuela de Derecho y Ciencias Sociales, encabezada por Narciso Bassols, y con Manuel Gómez Morín, economista empírico, y algunos más integra el primer cuerpo docente de la sección.

El siguiente paso es captar estudiantes. Como cuenta Enrique Krauze en *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, “para inducir a los alumnos a embarcarse en la nueva carrera, se rebajaron mucho los requisitos de ingreso admitiendo no sólo a quienes tuviesen un bachillerato sino a estudiantes con grado de profesor normalista”.

Gracias a una gestión que sirve para asegurar el porvenir laboral de esos jóvenes y empezar a profesionalizar a los servidores públicos, consigue con el presidente Emilio Portes Gil que el gobierno federal reserve plazas para los futuros egresados. Pero los muchachos, como descubrirá pronto, no manejan los idiomas necesarios para estudiar la bibliografía indispensable. Para allegarse alumnos, hay que traducir libros. Sueña —lo dice en una carta escrita en noviembre de 1929— con una cooperativa editora que publique una revista de política y traducciones de economía.

Sin embargo, como es bien sabido, por razones de factibilidad Cosío Villegas piensa primero en que una editorial española se haga cargo de traducir e imprimir esos libros esenciales. Su empuje hace llegar su proyecto a una asamblea de Espasa-Calpe —sello que en aquel momento estaba a punto de cumplir 75 años— pero, cuando parecía que estaba a punto de llegarse a una resolución favorable, José Ortega y Gasset, con su enorme peso intelectual y sus 60 años de edad, argumenta que “el día en que los latinoamericanos tuvieran algo que ver en la actividad editorial de España, la cultura de España y la de todos los países de habla española ‘se volvería una cena de negros’”.

Hay reverses que son la base de impensadas victorias. Gracias a esa absurda y racista opinión de quien, no obstante, será siempre uno de los grandes pensadores de nuestra lengua, hoy existe el Fondo de Cultura Económica. Cosío Villegas lo fundó el 3 de septiembre de 1934, con Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez Adame, Manuel Gómez Morín, Gonzalo Robles y Adolfo Prieto. “Todos éramos economistas, excepto don Adolfo —escribe Cosío Villegas

en sus *Memorias*—, que aparte de no ser inculto, tenía fama de caritativo.”

Su primera sede fue una pequeña oficina en el Banco Nacional Hipotecario, en el número 32 de la calle de Madero. “Habría yo deseado que fuera completa mi dedicación al Fondo en su primera época —escribe Cosío Villegas—, pero no podía pagarme un sueldo con el que pudiera vivir.” Y como hombre brillante es solicitado para otras tareas.

En 1935, el gobierno de Lázaro Cárdenas lo envía como consejero económico a la embajada de México en Estados Unidos con la intención de lograr el primer tratado comercial entre ambos países. A la postre los dos gobiernos optaron por dejarlo en suspenso. Consciente de ello, Cosío Villegas pidió ser trasladado a Portugal para disfrutar un poco de tranquilidad luego de las muchas jornadas de trabajo en Washington.

Llega a Europa a mediados de julio de 1936. Pero en vez de seguir en barco hasta Lisboa, prefiere desembarcar en el puerto de Vigo para dirigirse por carretera a Madrid y entrevistarse con el embajador mexicano en España, de quien dependía la legación mexicana en Portugal. Se halla camino de Madrid cuando se produce la sublevación franquista y estalla la Guerra Civil española. Cosío Villegas vivió el drama que eso significó no sólo en carne propia, sino con toda su familia. Ser mexicano, y decir que lo era, le allanó muchas dificultades, aunque pudo llegar por fin a Portugal, donde se desempeñó como encargado de negocios de la legación.

En Lisboa vio sufrir al embajador de la República española, un humanista cuyo propósito era estrechar los lazos culturales entre España y Portugal, gobernado por un dictador protofascista que celebró la traición de Franco. Debido al inequívoco apoyo que Cárdenas brindó a los republicanos —hipócritamente abandonados por Francia e Inglaterra, que se negaron a vender armas al gobierno legítimo—, Cosío Villegas no tardó en convertirse, ante la prensa portuguesa, en “el ministro rojo”, único amigo del “embajador rojo” español, que acabó siendo echado del país.

A Cosío Villegas tampoco le fue mejor. Pero no por el constante sabotaje portugués. Los sinsabores que soportó fueron recompensados con un cese fulminante cuando protestó por una arbitraria disposición de la cancillería mexicana, que redujo su salario

en 20 por ciento a causa de los problemas económicos que México enfrentaba.

Casi inmediatamente después, quizás ignorante de la medida impuesta por su cancillería, Lázaro Cárdenas le escribió a Cosío Villegas instruyéndolo para que “en su nombre y representación gestionara con las autoridades competentes el traslado a México de un grupo de intelectuales españoles que proseguirían en nuestro país sus cursos o investigaciones, interrumpidas por la guerra civil”. Era la respuesta a una sugerencia que Cosío Villegas había hecho a Cárdenas a través de su mutuo amigo Luis Montes de Oca, para socorrer a esos intelectuales en tanto la República combatía y vencía a los franquistas.

Cárdenas, como lo señaló Javier Garciadiego en septiembre de 2008, al presidir la ceremonia conmemorativa de la fundación de la Casa de España (antecedente de El Colegio de México), vio en tal iniciativa “una oportunidad para consolidar su política internacional humanitaria” y la apoyó de manera decidida. Con objeto de socorrer a esos intelectuales nació la Casa de España en México, que se convertiría en El Colegio de México —para siempre indesligable del Fondo— cuando fue evidente que los artistas y pensadores que sólo habían venido a México por una temporada no podrían regresar.

El apoyo que se brindó inicialmente a un selecto grupo —el propio Cosío Villegas elaboró las listas de los españoles invitados por el gobierno mexicano— se extendió a más de 25 mil personas, que en las últimas ocho décadas han enriquecido nuestro país de una manera incalculable. Gran parte de lo mejor de España se integró, en el más hondo sentido de la palabra, al destino de México. Paradójicamente, muchos de ellos, que contribuyeron a convertir el Fondo en una editorial extraordinaria, eran discípulos de Ortega y Gasset.

Así como supo distinguir desde el primer momento la urgencia, y aun la conveniencia de la solidaridad con los republicanos, Cosío Villegas no perdió de vista la situación de México frente a la España franquista en el plano editorial. En enero de 1949, publicó un artículo en la revista *Cuadernos Americanos* que así lo prueba: “España contra América en la industria editorial”. Dice en su segundo párrafo:

El relato que sigue tiene ese fin: informar a la opinión pública de todos los países de habla española del viejo pleito que han mantenido por casi diez años los editores latinoamericanos contra los editores y el gobierno de España. Los primeros han visto en esa lucha tan sólo una rivalidad mercantil, o sea, si puede subsistir en nuestra América una industria editorial y las de artes gráficas y papel que le sirven de necesario apoyo; los editores españoles, y muy particularmente el actual gobierno de España, han reconocido desde un principio que además de los millones invertidos en esas tres industrias, en la lucha va de por medio reconquistar para España la hegemonía espiritual sobre América, hegemonía que perdió, por lo menos, hace cien años.

Esa misma conciencia sobre lo que realmente se halla en juego es indispensable hoy, que las casas editoras españolas tiene un enorme poder de repercusión en Hispanoamérica, y debe subrayarse al celebrar los 85 años del Fondo de Cultura Económica.